

TRIBUNA DE LA VANGUARDIA

SOBRE UN PLAN LA SOMBRA DE LISISTRATA

SEGUN leo en los papeles de acá, una revista de París, titulada sólo Dios sabe por qué «Le torchon brûle», ha sugerido a sus lectoras la repetición de la «huelga» de «Lisistrata». Lo de la «Lisistrata» es bien conocido. En esta famosa comedia, Aristófanes planteaba el problema de la empuñada guerra civil entre las ciudades griegas de su época, y ofrecía la solución grotesca —cómica, al menos— de que las mujeres tomaran la iniciativa de provocar la paz a base de negarse al débito conyugal (y no puedo decirlo más finamente). Era eso, sobre la escena: las esposas de ambos bandos contendientes —¿Esparta y Atenas?— resolvían pactar contra sus respectivos maridos, a través de una alianza digamos «sexual». Mientras los varones de ciudad a ciudad luchaban como enemigos, «ellas» sufrían las consecuencias. Lisistrata, convertida en líder, propuso una estrategia ingeniosa. La mujer, entonces como ahora, era «el reposo del guerrero», y Lisistrata, que no se resignaba a un papel tan precario —por insatisfactorio, sin duda—, lanzó el proyecto de una maniobra de resistencia. «Mujeres de toda la Hélade, ¡uníos!», fue su consigna. Las señoras se «unieron», hicieron causa común contra los caballeros, y el resultado fue, al menos, un armisticio. Tal es el argumento de la pieza de Aristófanes. Las mujeres de uno y otro lado de la trinchera, confabuladas, se abstuvieron —con harta dolor de su ánimo, por cierto— de facilitar el funcionamiento del matrimonio.

La historieta no puede ser más amena. Y su final, de puro teatro, era el que tuvo que ser: ganaban ellas. Los machos, privados del amor de las hembras «políticas», hacían concesiones: condescendían a pactar, a pacificarse. Las Lisistratas de «Le torchon brûle» tenían este precedente, y lo han creído susceptible de repetirlo en función de sus oportunidades presentes. La «huelga» femenina, hoy, se prestaba a determinaciones mucho más complejas que

la del táamo, y sigo con los eufemismos. Lavar la vajilla, por ejemplo, o la ropa, o guisar, o cuidar a los nenes. El «hogar», esa capciosa institución que descansa sobre la no menos capciosa noción de la «familia», descansa sobre la mujer. El proyecto de «emanciparse», todavía no pasa de ser un proyecto, para las mujeres. El que se les reconozca el derecho a votar, o a trabajar, o a echar una cana al aire, no altera su fatalidad cotidiana: la cocina, el lavadero, la crianza de los cachorros. Lo cual supone, en definitiva, y no hay que darle vueltas al asunto, una absoluta sumisión al hombre. La «huelga», por tanto, podría comenzar por ahí. Por no limpiar los platos, por no preparar debidamente los alimentos de consumo regular, por plantar a los niños en plena calle y a ver quién los aguanta. Este es el principio. Las damas emancipadas de «Le torchon» proponen que el resto de las madres de familia se apliquen a practicar un «no» resuelto. No al lecho, no al fogón, no a las cunas y a los pañales o a los biberones, no a... ¿Con qué éxito?

Está por ver. Y no hay manera de verlo. La convocatoria de las Lisistratas de «Le torchon» no parece haber conseguido una adhesión multitudinaria entre las amas de casa francesas. Las consignas no dejaban de ser joviales. No se limitaban a la comida, a los calzoncillos y a los chicos. Otras oportunidades de imperpetinencia, menos emotivas y más eficientes, podrían ser practicadas. La de la «Lisistrata» aristofanesca no perdía terreno: «no servir de «reposo del guerrero» cuando se sientan deseos», era el «mot d'ordre». Pero más cosas. «Pasarse el día en la cama con el número dedicado a las mujeres de la revista «Temps modernes». O: «llevar a los niños a la oficina y a la fábrica, para que los cuiden los patronos». Y: «reexpedir a los remitentes las cartas dirigidas a nombre de «Señora de...». En Francia, las señoras, cuando llegan a serlo —una señorita que se

casa—, adoptan el apellido del marido. Rehacerlo ya sería un gesto de rebelión: al fin y al cabo, un «nombre» es lo que sirve para identificarnos, y la mujer, al casarse, pierde el suyo (aproximadamente suyo: el heredado), para asumir el del esposo. El mismo tanteo de trato entre «señora» y «señorita» puede ser irritante: «responder a quien nos pregunta si somos «señora» o «señorita», si es «señor» o «señorito»...»

La operación Lisistrata, tal como la proponían las redactoras de «Le torchon», era una tontería. Un fracaso, antes de empezar. Las mujeres de Aristófanes eran, convencionalmente, un par de docenas, y válidas en su proyección representativa. En cambio, la «mujer-oficinista» no resulta tan fácil de movilizar. Ni mucho menos. La «huelga femenina» a que me refiero tendría que haber comenzado al final de la primera quincena de junio, y nadie ha vuelto a hablar de ello. Señal de que las esposas y madres, por muy oficinistas que sean, por mucho que se maquillen y que devoren —¡qué risa!— «Temps modernes», por más que manipulen la tierra carne de sus crías, apenas cuentan. El número de las adhesiones ha tenido que ser insignificante. ¿Problema de «alienación»? Seguro que sí. Pero algo más: la mujer francesa, estadísticamente hablando, y pese a la supuesta alegría «desarrollista» o «consumista» que patrocinó Pompidou y que promete Giscard, no deja de ser un reducto rural y prehistórico. La provincia francesa ya no es exactamente la de las novelas de Mauriac, pero tampoco se constituye en una suscripción sistemática de la revista de Sartre. Y las Bovary, adúlteras por aburrimiento, no necesitaban tanta «libertad». La mediocre «libertad» que las circunstancias ofrecen le quitan dramatismo a las Bovary. A una escala más rebajada, la mujer francesa —y la de todas partes— es «balzaciana»... Pero ni

siquiera las «oficinas» y sus chavalas responden al llamamiento.

El plan, de todos modos, no era ni es ninguna tontería. El hombre —el varón— ha montado su sociedad sobre las actividades «subalternas» de la mujer: concebir y parir, cocinar y asear, engañarle, cuidar a los enfermos, polarizar su deseo, etc. Un «plante» de las mujeres, debidamente articulado, haría vacilar las «estructuras» en una medida que no sabrían imaginar los promotores de cualquier «revolución». Ni Trotsky, que fue muy fantasioso en estas esperanzas, se enteró de lo que pudo dar de sí. Una «huelga general» de mujeres, mientras la mujer sea lo que es, supondría un cataclismo social infinitamente superior a las más enérgicas trifulcas de clase. Con el bien entendido de que la mujer, «in genere», es un elemento interclasista, que la filosofía marxiana —misógina— nunca supo valorar en sus términos justos. El esquema de la clásica «Lisistrata» brinda las premisas de una posible «acción» feminista. El hombre, al estatuir su «mundo» a costas de la mujer, depende de ella. Es una dependencia total, y Aristófanes le dio un énfasis de caricatura precioso, notoriamente obscuro, y por eso mismo más convincente. Pero no hace falta que la «huelga» sea de «sexos caídos» —de castidad agresiva—: basta que tengamos en cuenta lo demás, desde el desayuno diario a la elección de corbatas o de programas de cine. La mujer es el «reposo del guerrero», y el «reposo del abogado», y el «reposo del médico», y el «reposo del jefe de administración de primera», y el «reposo del taxista», y el de... De hecho, para «emanciparse», podría empezar por ahí: por erigirse en Lisistrata. Lo cual no está al alcance de todas las fortunas. Citar a Brantôme quizá será abusivo. De todos modos...

Joan FUSTER

DE RE CELTICA EL FARO DE ECKMÜHL

REVOLVIENDO viejas carpetas encuentro una lejana carta de Fermín Bouza Brey, desgraciadamente desaparecido para la cultura gallega, en la que el autor de «Neo Senlleira», ese pequeño gran libro, me dice: «Mi querido y admirado poeta: «El mar, el mar y no pensar en nada...», canto con Machado al recibir tu libro, denso como el agua salobra y conmovedor como un «salseiro». Yo, criado, al borde del Atlántico, te agradezco en nombre del Padre Océano este cántico emocionado de tu libro. El mar céltico que tú has recorrido en la costa irlandesa lo he surcado yo en el laberinto insular del Morbihan, en la bruma doliente de la rada de Brest y en la brava costa de Penmarc'h, el pie del solemne faro de Eckmühl, todo en el litoral del Cornualles inocente. No sé, amigo, cómo corresponder al lírico convite sino es remitiéndote ese libro de poemas de otra, en donde el mar ha dejado algún eco también. Acéptalo con la misma ingenuidad con que te lo envía tu amigo y compañero. Fdo.: Fermín Bouza Brey.»

Había regresado de un inolvidable viaje por los mares de Irlanda a bordo del «Carmen Figueroa», con el patrón «Perrachica», felizmente vivo en Marín, y en el que estuvimos a punto de perecer todos con el barco, en aquel tremendo equinoccio septembrino del año 34. Fruto de aquellas vigiliadas y zozobras fue mi primer libro, «Mar del Sol», al que Bouza Brey hace tan cariñosa referencia. El poderoso faro de Eckmühl, cuya luz abarca hasta los 54 kilómetros mar adentro, se alza en el Penmarc'h, presidiendo con sus luces la más desesperada geografía de la costa bretona: la bahía d'Aubierne, la pointe du Raz, la isla de Sein, con sus mujeres perpetuamente enlutadas, la costa de Concarnéau... Una sucesión de enormes piedras que rechazan incansables la embestida atroz de las grandes olas, desveladas en un continuo mugir que aprieta el alma.

Con «Perrachica» y mis queridos marineros, veía en la larga noche de la galerna las manos enrojecidas del faro, que querían ser cables para nuestra ansia en la negrura de la cerrazón, mientras el viento aullaba por estribor y el mar huía desbocado... En «Mar del Sol» y en dos poemas —«S.O.S.» y «Galerna»— he recogido aquellos alucinantes momentos.

He vuelto a recordar, recientemente, todas estas cosas en la querida tierra armoricana:

—¿Quiere usted que váguemos de noche por los campos de Finisterre...? —me dijo mi amigo Albert de Paredes, mientras saboreábamos, con las vieiras, un «muscadet» perfecto.

Partimos de Quimper en la niebla, en la noche bretona que exalta todas las cosas. Los faros del coche alumbraban por veces grandes aves nocturnas, que se sumían silenciosas en la amplitud de la landa. Desde lejos, a 20 kilómetros, llegaba el rumor del mar inmisericorde contra los contiles del Penmarc'h. De pronto, solitaria y perdida en la bruma, surgió Troniden en su Calvario. Alumbradas con una linterna de bolsillo, las figuras de piedra, esa piedra que es «símbolo natural de las razas célticas», en palabras de Renan, adquirían proporciones extrañas: abrían la boca, muequeaban cansados los ladrones, que en este maravilloso Calvario del XV, siguen singularmente a Cristo, cargados con sus cruces en T: Jesús en el templo, Jesús bautizado, Jesús entre los doctores de la ley, impresionaban el alma en fuegos de luz y sombra, con mirada profunda y eterna de siglos y milenios; arriba, entre los ladrones, dos ángeles recogen la sangre del Señor. Al pie de la Cruz María, con los ojos cavados e inmensos, multiplica inmóvil el dolor de la Tierra. A un lado la imaginación desbordada e inagotable de los imagineros bretones proyecta en Pilatos, en caballeros, en centuriones, en judíos horribles y demoniacos, el depósito entero de la inquebrantable e ingenua fe heredada. Era alucinante en la noche profunda, con el ruido alterno del mar al fondo, aquel Calvario de Troniden.

Mi amigo, ante mi asombro, empujó la puerta de la iglesia, que se abrió con un ruido de fierros. Arrojados en aquel gótico puro vaciado en romántico, los santos parecían, para nuestra breve luz, centinelas que fuesen a dar el alerta; la humedad y el frío llegaban al alma, de las naves parecía desprenderse un glaciar, y, pese a todo, una suave emoción llenaba a uno de consuelo en aquella fría iglesia silenciosa, siempre abierta en medio de la soledad y la noche del campo, con las olas del Finisterre respondiendo como un «De Profundis» allá a lo lejos...

Seguimos adelante, hacia el mar, que se alzó hacia nosotros bruscamente, desafiante contra las rocas de la península de Penmarc'h, ondeado con las aspas de luz del gran faro d'Eckmühl.

Entre la bruma, por un fenómeno de refracción multiplicaba el faro sus haces luminosos, como manos generosas tendidas en la cerrazón desde una costa inhóspita que se prolonga hacia Audierne en una teoría atroz de rocas negras, tras la que acecha la muerte y donde el alma del bretón, cuyo corazón se baña de sal, se impacienta por abandonar el cuerpo y convertirse en «Anaon», para aparejar al largo desde el último promontorio de la Armórica hacia el infinito de la mar de Occidente, donde se halla, despreciando las cartas de navegación de los hombres, el Paraíso sin longitud ni latitud, que los celtas encuentran en ellos mismos, sin brújula ni sextante. Aquel que los irlandeses denominaban «Tirna Noy» y los bretones «Bro ar Ra Yaouank», lo que quiere decir la «Tierra de la juventud», a la que se llega a través de las galernas, donde el tiempo no cuenta para los bienaventurados, cuya edad se eterniza en flor...

Era alucinante el mugido de la «Corna a brume» que se proyectaba en la noche desvelada, avisando, a los marinos lejanos, de las rompientes sin salvación y haciendo temblar las paredes del faro, mientras las grandes algas amarillas del Penmarc'h, hinchadas de lágrimas, lloraban sobre el mar.

Empezaba a amanecer. A lo lejos, hacia la «Point du Raz» y la «Baie del trepassés», donde las corrientes trepan a menudo los cuerpos de los naufragados, hacia el infierno de «Plogoff» y la gruta de «Morgat», dominada por «Nuestra Señora de los Naufragios», se extendía sólo la desolación, entre las primeras luces lividas.

Un gran pájaro planeaba lanzando gritos inarticulados, como gritos políticos. Venía desde la isla de Sein, objeto durante siglos de terror supersticioso, donde hasta el XVIII sus gentes paganas adoraban al sol y en la que las mujeres, siempre enlutadas, portan la cofia negra.

Más allá la fabulosa «Quessant», cuyo faro es el más potente del mundo, habitada tan sólo por mujeres, con los hombres siempre navegantes, lanzaba, hacia el límite, un mensaje de fin del mundo.

José M.^a CASTROVIEJO

APLAZAMIENTO DE LA VERBENA DE ARQUITECTURA

La verbena de San Juan anunciada para el día 23, queda aplazada hasta el día 26, verbena de San Pedro

ETSAB: Avda. del Gimo, Franco, 1.001

Para vivir todo el año en plena Naturaleza!

CIUDAD CORBERA PARK

Respire los aires de un piso de envergadura con 3 ó 4 dormitorios, espléndidas terrazas, moderna cocina con lavavajillas incorporado y acabados de gran categoría.

Ciudad CORBERA PARK o el arte de saber vivir.

Conozca nuestras instalaciones y visite el piso muestra

OFICINA DE INFORMACION Y VENTA, en CIUDAD CORBERA PARK

Tel.: 350 05 00 y 350 05 51 - Corbera de Llobregat, DOMICILIO SOCIAL, Pesse de Gracia, 89, Atico 1.º, Barcelona (8)

VACACIONES

PICOS DE EUROPA	8.400 Pts.
SIEMPRE PARIS	9.900 »
GALICIA	10.500 »
NIZA-MONACO-S. REMO	10.700 »
ANDALUCIA	10.900 »
ALPES SUIZOS	14.400 »
ITALIA	16.850 »
PARIS-LONDON	18.800 »
TIROL-VIENA	24.950 »
CIRC. EUROPEO	27.900 »
AUSTRIA-HUNGRIA	29.900 »
4 NACIONES	36.500 »
GRAN EUROPEO	41.200 »
ALEMANIA-ESCANADIA	43.000 »

Estancias Playa o Montaña: 8 días 3.350 Pts. todo incl.

VIAJES CONDE: VERGARA, 3 P.º Colón, 18

piscinas de lujo a precio económico

piscinas kanadiana

Desde 200.000 pts. hasta 550.000 con sistema de depuración completa.

KANADIANA único responsable de la total construcción de su piscina. 20 años de garantía.

16 formas distintas en 30 modelos. 8.000 piscinas instaladas en 4 años. Plazo de entrega: 1 mes para cualquier punto de España.

INFORMACION: piscinas kanadiana

Diputación, 304, 2.º n.º

Teléfono: 2 25 30 99 - 2 22 34 21

2 25 30 98 - Barcelona, 9

Nombre y Apellidos _____

Dirección _____

Teléfono _____ Localidad _____